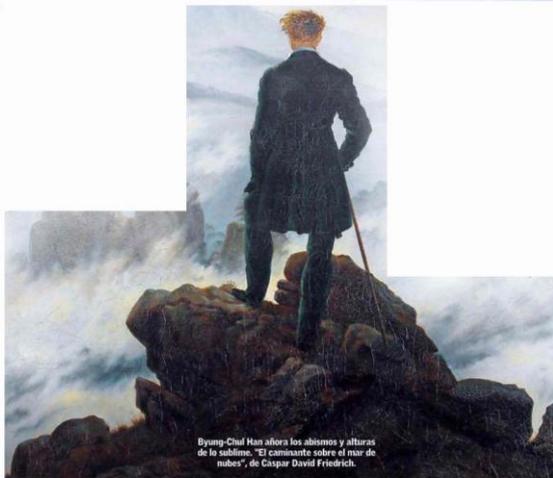


Medio	EL MERCURIO CUERPO E
Fecha	05/06/2016
Mención	La belleza fue pulida, ¿la belleza ha muerto? Habla Sandra Accatino, académica Facultad de Filosofía y Humanidades UAH.

ESTÉTICA Lo que une a Jeff Koons con los celulares inteligentes:

LA BELLEZA FUE PULIDA, ¿la belleza ha muerto?

Superficies lisas, táctiles, en las que solo me reflejo a mí mismo; sin lugar para lo feo o lo oscuro. Puro presente y un montón de "me gusta", nada de asombro, contemplación ni distancia. Llega a Chile "La salvación de lo bello", el libro del filósofo surcoreano Byung-Chul Han que pregona el reencuentro con lo "bello natural". A propósito de eso, Claudia Campaña, Carlos Peña, Francisco Brugnoli y Sandra Accatino discuten sobre la belleza contemporánea.



Byung-Chul Han añora los abismos y alturas de lo sublime. "El caminante sobre el mar de nubes", de Caspar David Friedrich.

LA SALVACIÓN DE LO BELLO
Byung-Chul Han
Herder, 2016.
110 páginas,
\$12.550.

JUAN RODRIGUEZ M.

Había una vez un mundo en el que los seres humanos andábamos a paso lento, dábamos lugar al misterio y al ocio. Hoy, en cambio, no hay contemplación ni asombro, estamos rodeados de información, somos prisioneros de una transparencia pornográfica que hace agonizar al erotismo. Somos la "sociedad del cansancio", el "enjambe digital", hombres y mujeres del "tiempo roto". O eso viene pregonando hace algún tiempo el filósofo surcoreano Byung-Chul Han.

Radicado en Alemania, en cuyo idioma escribe, los pequeños ensayos que han convertido a Han en el pensador de moda —"La sociedad del cansancio", "La agonía del Eros" y "El aroma del tiempo", entre otros— son una serie de nostalgias de ese pasado mejor. En el más reciente, "La salvación de lo bello" (Herder, distribuye Librería), el coreano continúa su reflexión sobre el mundo contemporáneo, ahora en el terreno de lo bello: "Lo pulido, pulcro, liso e impecable es la señal de identidad de la época actual", dice.

Se mira y no se toca

Algo que se aprende leyendo "Historia de la belleza" (Lumen) de Umberto Eco es que la belleza no solo se dice del arte. Primero se dijo de la naturaleza y se puede decir de lo que sea. Es una clave cultural. Puede ser espléndido o pecado, según si estamos en la Grecia de Platón o el medioevo de San Bernardo. Se mira o se toca, según según occidentales u orientales. De acuerdo con Eco, el arte griego, y el occidental, le da importancia a la distancia respecto a la obra se ve o se oye, pero no se toca, gusta ni olatea. Una idea crucial para Han. La otra idea clave es la de lo "sublime". Ese sentimiento que, según Eco, el siglo XVIII asoció no a la experiencia del arte, sino de la naturaleza. Una experiencia en la que "se otorga un lugar privilegiado a la forma, lo distorsiona

ca de las montañas— el viajero que se aventura en la travesía de los Alpes se siente fascinado por rocas inaccesibles, glaciares sin fin, abismos sin fondo, extensiones sin límites".

Politeísmo de la belleza

En el siglo XIX llega el arte por el arte —la "religión de la belleza", dice Eco—, que sospecha de la sociedad industrial y la democracia, que quiere ser "distinto", "dandy". El clima cultural desde la segunda mitad del 1800 es nostálgico, y se prolonga hasta "los primeros decenios del siglo XX": "Soy el imperio al final de la decadencia", escribe Verlaine. Dios ha muerto, etcétera. Y llega el siglo corto, la belleza contemporánea, vanguardista, provocadora, refundadora... (Consumible?)

Un visitante del futuro, imagina Eco, descubrirá que los "que acuden a visitar una exposición de arte de vanguardia, compran una escultura «incomprensible» o participan en un happening van vestidos y peinados según los cánones de la moda (...). Siguen los ideales de belleza del mundo del consumo comercial, contra el que el arte de las vanguardias ha luchado durante más de cincuenta años". Esto, dice, es la contradicción típica del siglo XX. Y, se podría agregar, la consistencia del siglo XXI: "Mientras explorador del futuro ya no podrá distinguir el ideal estético difundido por los medios de comunicación del siglo XX en adelante. Deberá rendirse a la orgía de la tolerancia, al sincretismo total, al absoluto e imparable politeísmo de la belleza".

Un sincretismo y politeísmo en el que, sin embargo, Han descubre lo liso y lo pulido como cifra de la belleza. "Es en lo que coinciden las esculturas de Jeff Koons, los iPhone y la depilación brasileña", escribe. Es una estética de la pura positividad, que no genera resistencia, simple, inmediata, de la que uno dice "me gusta". El arte de Koons "es un arte de las superficies pulidas e impecables y de efecto inmediato", no asombra, no hay "distancia contemplativa", busca el "Wow" del espectador y pasamos a lo siguiente.

Han añora la distancia griega y occidental. Dice que lo bello actual apoca al tacto, al "touch". "La vista guarda distancia, mientras que el tacto la elimina". Lo pulido es un espejo, "uno no se encuentra con el otro, sino solo consigo mismo". O sea, este infierno autocomplaciente es moderno, Han culpa a dos hombres del XVIII a Edmund Burke, por haber apuesto lo sublime a la belleza, y a Immanuel Kant, por haberla encerrado en los límites del conocimiento, por haberla aislado de lo sublime, de eso que nos saca de nosotros mismos, que nos "desgata", que nos hace conscientes de nuestra finitud, y que no nos complace. "Pasa cuando se toma cualquier objeto bello y se hace que su superficie se ponga quebrada y áspera ya dejará de gustar".

Y así, en nuestra hipermodernidad, lo "bello natural", lo que se resiste a ser humanizado, cedió ante lo "bello digital". La alteridad dejó paso a la diversidad, a las diferencias consumibles y aprovechables. "¿Qué hacer para salvarnos? Hay que renovar la separación entre lo bello y lo sublime, clama Han: lo "bello artístico" es (o era) imitación de "lo bello natural", de su lenguaje "enigmático", "la copia del silencio desde el que la naturaleza habla". "La temporalidad de lo bello digital es, por el contrario, el presente inmediato sin futuro, es más, sin historia. Simplemente está delante. A lo bello natural le es inherente una *leitmotiv*".



"Flor Globo (Magenta)", de Jeff Koons. Su arte, escribe Han, "es un arte de las superficies pulidas e impecables y de efecto inmediato".

Sandra Accatino: "El mundo y el arte contemporáneo tienen más texturas que la que Han deja entrever"

No comparto la forma en que está formulada esta pregunta sobre la belleza, una forma que deriva del tono apocalíptico y mesiánico de las reflexiones sobre la belleza que Byung-Chul Han utiliza en su último libro, "La salvación de lo bello" (2015). En él, Han retoma una reflexión sobre el mundo contemporáneo que ya había desarrollado años antes, en "El aroma del tiempo" (2009), que creo es su libro más logrado. En él proponía que la creciente atomización y discontinuidad de nuestra forma de vivir volvía vana y vacía, sin fin, sin gravitación y sin profundidad, nuestra existencia. Abogaba por volver más duraderas nuestras experiencias a través de la contemplación y una forma de extender esa duración era la belleza. La belleza, tanto en ese libro como en esta nueva entrega, se oponen al consumo y al tiempo del trabajo, también a lo espectacular y a lo inmediato. Y en eso yo estoy de acuerdo.

Me parece que el mundo y el arte contemporáneo tienen más texturas que las que Han deja

entrever en las breves frases que se entrelazan en la estructura elíptica y repetitiva de su prosa. A través de ella, Han amolda y acomoda las experiencias de la vida y del arte a unos parámetros muy restrictivos. La idea de lo pulido, por ejemplo, en la que forzosamente hace converger la depilación, las pantallas de los celulares y las esculturas de Jeff Koons. También Brancusi y Henry Moore utilizaron superficies lisas y reflectantes en sus esculturas y Miguel Ángel y Canova fueron alabados por el acabamiento de las superficies de sus esculturas. Suponer que la terminación material de una escultura es equivalente a la profundidad de las emociones o pensamientos que ella puede suscitar, implica no haber reparado en su condición material, de la que depende todo el efecto que ellas producen en el espectador. Y lo bello, creo, es uno de los efectos que puede producir una obra de arte.



GENTILEZA SANDRA ACCATINO

Sandra Accatino es filósofa y académica del Departamento de Arte de la Universidad Alberto Hurtado.

Claudia Campaña: "Las superficies resplandecientes, pulidas y suaves han sido siempre atractivas para el hombre"

De muy diversas formas, las obras de los artistas reflejan la sociedad en que vivimos. Algunas creaciones se ocupan de visualizar el consumismo, el despilfarro, el catastrofismo o las aberraciones, mientras que otras evidencian el calentamiento global, la obsesión tecnológica o nuestro deseo de trascendencia. Si bien en la actualidad muchos autores sienten fascinación por lo deforme y desdénan los cuerpos bellos, no se puede negar que otros denuncian la obstinación mediática por el físico perfecto —o que, más aún, sucumben frecuentemente a ella.

Han afirma que "lo pulido, pulcro, liso e impecable es la seña de identidad de la época actual", aunque como símbolo de suntuosidad y belleza, las superficies resplandecientes, pulidas y suaves han sido siempre atractivas para el hombre. Los griegos y romanos, por ejemplo, amaban el mármol; basta mirar la enorme cantidad de esculturas hiper bruñidas que produjeron; superficies que invitan al tacto y de cuyo ideal clásico se observa hoy en día una proyección. Los cristianos, en tanto, privilegiaron el uso del pan de oro, optando por la estética de la luz. Por su parte, los orientales aportaron seda, laca y porcelana, tres productos sobre los cuales "los dedos resbalan sin encontrar obstáculos" (A. Soreil, 1937); una sensual experiencia milenaria que, mediante el *touch*, las pantallas de los iPhones y *tablets* buscan replicar. De hecho, los chinos ocultaron por siglos la fórmula de la porcelana, pues sabían de su valor económico y social. Cuando Occidente descubrió el secreto en el siglo XVII, la producción de obras y objetos realizados con este material cerámico vino solo a reafirmar el eterno encanto por lo blanco, la tersura y el brillo. No es de extrañar entonces que nos hayamos rodeado de marmolina, plástico, acero inoxidable y cristal líquido; hoy estamos expuestos a una sobreestimulación sensorial. ¿Y los espacios de exhibición del arte? Cubos blancos, espacios extraluminados que aspiran a la monumentalidad y el vidrio. Más de lo mismo, el fulgor no cansa y no muere.



Claudia Campaña es historiadora del arte
y profesora de la Facultad de Artes UC.

Francisco Brugnoli: "La belleza... ¡qué palabra!"

Cuesta pronunciarla, al hacerlo se siente un cosquilleo incómodo, algo así como piel de gallina, un especie de vergüenza ajena. Esas consonantes que gatillan progresivamente hasta llegar a una "zeta" que llevan nuestra incomodidad al clímax abriendo de ese modo a la "a", una inmersión en lo *cursi*, esa otra palabra que ya en su escritura se denuncia a sí misma especialmente con esa "i" final que disimula sus deseos de ser acentuada, pero de todos modos es como ese dedito meñique que se levanta desde la oreja de la taza de té. Sin embargo... ella, la belleza, tiene que ver con el concepto de armonía, que nos dice de la relación de las partes entre sí y con el todo de un todo, entonces de acuerdo a lo tal, hoy día cuando todo quiere ser igual en lo falso, en lo que se parece a otra cosa pero siendo ventajosamente nuevo, como esos muebles tan bien descascarados y patinados, no como los de la casa de abuela que nos parecen oler mal. Todo tal lo vemos en la revista de decoración o en el *retail*. De este modo se estaría justamente cumpliendo con el principio de armonía, una armonía *kitsch*, entonces una belleza *kitsch*, entonces ¡viva la belleza!, somos felices sumergidos en ella.

Por su parte Hegel, a propósito de la escultura griega en su período clásico, nos dice que esta lograría su momento más alto debido al equilibrio entre su expresión de interioridad contenida, reservada, y su gracia como aproximación empática al observador; un desplazamiento de esto nos permitiría decir que en estos momentos, se nos pasó la mano con eso de la gracia, al estar en medio de ella y por tanto en medio de la belleza, lo que haría imposible la distancia para alcanzar una definición que además no nos resulta necesaria.

Francisco Brugnoli es director del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile.



RECHERCHES



La belleza y el consumo en una tienda Apple de San Francisco, EE.UU.

Carlos Peña: “La belleza está perdiendo su parte fea”

Todas las épocas han tenido su belleza. ¿Y por qué la nuestra iba a ser una excepción? Así entonces lo bello no ha muerto. Lo que parece haber ocurrido es que el politeísmo de la belleza, donde conviven ideales a veces contradictorios entre sí, parece estar cediendo el paso a un ideal monofórmico que espanta cualquier complejidad.

Y quizá ello sea producto de la compulsión contemporánea por medirlo todo, por someterlo todo, incluida la belleza, a una única medida: a fin de cuentas, donde todo es medido, nada vale en sí mismo. En un mundo donde todo se mide gracias a un único rasero, todo llega a ser equivalente a todo. Pero un mundo así, un mundo donde cualquier cosa puede equivaler a cualquier otra es, en realidad, un mundo carente de sentido como advirtieron casi al unísono autores, bajo otros respectos tan distantes, como Benjamin, Schmitt y Baudrillard. La tranquilidad aparente de lo liso y lo pulido —el ideal de lo bello que inquieta a Byung-Chul Han— sería así la representación casi física de un ámbito donde no hay intersticios, arrugas, imperfecciones, ni quebres; ni genuinas lágrimas, ni genuina alegría, porque se trata de un ámbito desdoblado de sentido o de significado.

La situación no deja de ser paradójica. La cultura contemporánea, que presume de plural y de diversa, arriesga, por exigencias del consumo y de la circulación de los bienes, expresarlo todo en medidas uniformes de valor y así igualarlo todo, incluida la experiencia de la belleza, la que, antes demandada por varios ideales, comienza poco a poco a someterse a un único ideal. Pero ese ideal llega a ser único al precio de despojarse de toda complejidad. Es la conocida ley de la mercancía. Reducido a mercancía, el objeto artístico debe someterse a un único valor, el de cambio, que todo lo uniforma haciendo desaparecer cualquier huella, rastro, rasguño o pista del misterio que el arte explora.

Por eso no es casualidad que hoy el rey del mercado del arte sea Jeff Koons, cuya apariencia es más bien la de un próspero mánager y cuyas obras (flores gigantes, perritos poodles satinados, globos multicolores erigidos en estatuas, Cicciolina como muñeca plástica), más que arte, parecen diseño

publicitario cuidadosamente calculado o ejemplos de un artista metafísico que quisiera enseñar (y de paso enriquecerse con ello) que todo sería mera superficie, quillios hacia una profundidad inexistente y que lo que el arte tradicionalmente exploró no era más que un espejismo.

¿Significa la aparición de ese ideal —el ideal de lo pulido, lo que no tiene arrugas ni intersticios, como sugiere Byung-Chul Han— la muerte de lo bello?

No exactamente. Lo que ocurre es que la belleza está perdiendo su parte fea, esa dimensión suya inquietante y sorpresiva que hace de la visión de lo bello no un escape, sino una ventana hacia la condición humana. Así entonces la pérdida de “negatividad” de la que habla Byung-Chul Han —y que ejemplifican tan bien las ocurrencias, mezcla de cómic y de ordenador, de Jeff Koons— sería el extravío de la parte fea de la belleza y el triunfo del *kitsch*, según la fórmula de Kundera: un mundo donde la mierda es negada y donde quien se pretenda artista y el consumidor del arte se comportan como si no existiera.



Carlos Peña es autor de “Judas de perfil” (Mondadori, 2023), doctor en filosofía y rector de la UCP.